

súbditos tres dineros por hogar para hacer presente de ellos á la Iglesia romana y al papa, á título de renta anual. Inocencio III acepta el don y confirma al donante en la posesión de sus tierras conquistadas. Y de la misma manera se produce después de la toma de Albi y de la sumisión de los albigenses. En sus cartas del 11 de septiembre de 1212 da las gracias á Simón de Montfort del don de mil marcos que acaba de ofrecerle y envía un cobrador para recoger en la provincia las rentas de la Iglesia romana. Y sin embargo, le hemos visto amparar al rey de Aragón contra Simón de Montfort intentando una reacción. Es cierto que no aprobaba las violencias de sus legados. Mientras que en Langüedoc los concilios de Aviñón (1209), de Saint-Gilles (1210), de Arles (1214), de Lavaur (1213), de Montpellier (1215), anatematizan al conde de Tolosa y sus aliados, declarándole, por fin, expropiado de todos sus dominios, en Roma Inocencio III recibe á Raimundo VI, á su hijo y á sus embajadores.

El autor de la *Chanson de la Croissade* ha visto claro en la conciencia turbada del papa. Su relato de las grandes escenas del concilio de Letrán (1), en que se debate, delante de la Iglesia reunida, la cuestión de la expropiación del vencido (noviembre de 1215), es curioso y dramático. Los prelados y Folquet, obispo de Tolosa, dicen á Inocencio: «Señor, si le devuelves sus tierras, estamos todos en peligro de muerte; si las das á Simón, estamos salvados.—En este asunto, responde Inocencio, estoy en desacuerdo con vosotros: contra derecho y razón, ¿cómo puedo yo cometer la injusticia de desheredar al conde de Tolosa, que es católico verdadero, quitándole sus tierras y transfiriendo á otro sus derechos? No me parece que esto sea razonable; pero consiento en lo siguiente: que Simón se quede con toda la tierra de los herejes desde el Ródano hasta Port; pero que respete las de los católicos, huérfanos y viudas.» A estas palabras no queda prelado ni obispo sin protestar. El obispo de Tolosa toma la palabra: «Señor, papa verdadero, querido Padre Santo Inocencio, ¿cómo puedes de esta manera desusada desposeer al conde de Montfort, que es hijo de la Iglesia y partidario, que soporta las penas, las fatigas, las luchas y castiga á los herejes? Lo que tú le otorgas equivale á una expoliación, porque comienzas por favorecer al conde Raimundo. Lo tienes por católico, hombre de bien y piadoso, á él y á los condes de Comminges y de Foix. Por consiguiente, si son católicos y si tú los tienes por tales, las tierras que concedes á Simón se las arrebatas al mismo tiempo. Concédete entera la tierra á él y á su linaje, sin reservas. Y si no se la otorgas en plena propiedad, pido á Dios que venga en ella granizo y fuego devorador.» El arzobispo de Auch dijo después de Folquet: «Querido y poderoso señor, escuchad lo que dice el obispo que es prudente y sabio. Si el conde Simón pierde la tierra, será una injusticia y un desastre.» Más de trescientos obispos dicen al papa á su vez: «Señor, á todos nos desmienten. Hemos predicado al pueblo que el conde Raimundo es malo; que su conducta es mala y que, por tanto, no convenía dejarle en posesión de tierras que gobernar.—Señores, responde Inocen-

(1) O por lo menos de las conferencias preparatorias que le precedieron, como justamente hace notar M. A. Molinier (*Histoire du Langüedoc*, VI, 479).

cio, vuestros crueles sentimientos, esas predicaciones fanáticas y ardientes á las que os entregabais contra mi gusto, nada tienen que ver con mi opinión propia, y no puedo, á pesar de ellas, consentir en vuestros deseos; porque jamás, por la fe que os debo, he dicho que el conde de Tolosa debiera ser condenado y arruinado. Y si fuera condenado (lo que no es), ¿por qué su hijo debiera perder tierras y herencia? Jesucristo, Rey y Señor, ha dicho que los pecados de los padres no caen sobre los hijos; y cuando Él afirma que no, ¿osaremos nosotros pronunciar que sí?»

El papa prolonga su resistencia; pero la mayoría de los miembros del Concilio está contra él. La sentencia se pronuncia finalmente. Simón de Montfort conservará lo que ha conquistado, pero el conde Raimundo VI no será desposeído por completo. Su hijo heredará todas las posesiones del conde de Tolosa en el lado de allá del Ródano. «Si este hijo se muestra devoto á Dios y á la Iglesia, añade el papa, si no es versátil, ni orgulloso, ni traidor, Dios le devolverá Tolosa y Agen y Beaucaire.» Parece bien que Inocencio III se haya mostrado superior á la Iglesia por sus sentimientos de justicia y de humanidad.

IV.—Los Capetos en el Langüedoc. Muerte de Felipe Augusto. El hombre y el rey (2)

En este negocio terrible de los albigenses se dió el caso de trabajar todo el mundo por el rey de Francia sin saberlo. Con paciencia de político que observa de lejos sin intervenir, Felipe Augusto esperaba el fin de los sucesos.

En los comienzos del año 1213, su hijo el príncipe Luis había hecho, como tantos otros barones de Francia, el santo voto de cruzarse (3). Felipe le dejó tomar la cruz. Así daba cierta satisfacción á los obispos, que se obstinaban en solicitar su intervención, y á la opinión, asombrada de ver al rey de Francia permanecer extraño á esta guerra religiosa. Pero á esta toma de cruz no sucedió ningún efecto. En lo más crudo de la lucha contra Juan *Sin Tierra* y la liga europea, Felipe no podía desparramar las fuerzas de la corona y, sin embargo, estaba atento á los acontecimientos del Mediodía. Trataba á Simón de Montfort como á un oficial real; le daba órdenes como á un bailío. En septiembre de 1214, Montfort, en Figeac, hacía justicia en nombre del rey de Francia, «porque el rey, dice el monje de Vaux-Cernai, le había confiado en muchas cosas el cuidado de sus propios intereses.» Por lo demás, sabemos que Felipe no reconocía más que á él solo, soberano absoluto, el derecho de confiscar cualquiera de las altas baronías del reino.

En 1215, vencedor de la coalición, dejó al príncipe real cumplir su voto. Estaba interesado en hacer pasar por el Mediodía un ejército capeto. Viendo llegar al príncipe real, se inquietaron los jefes de la cruzada; pero la actitud de Luis les tranquilizó. Venía como pe-

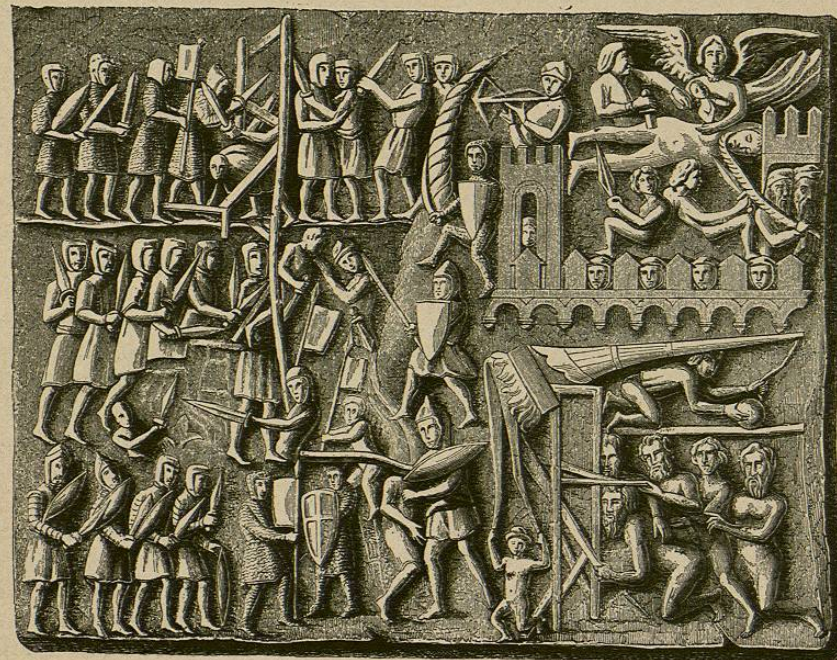
(2) OBRA DE CONSULTA.—Petit-Dutaillis, *Etude sur la vie et le règne de Louis VIII*, 1894, primera parte.

(3) M. Petit-Dutaillis opina que el príncipe real hizo el voto sin el consentimiento de su padre y á pesar suyo. Es difícil creer que el príncipe, dócil y sin propasarse nunca, pudiera arriesgar para sí propio tal manifestación de independencia.

regino, sin exigir nada para sí y secundando á Simón de Montfort. Le asegura la toma de posesión del ducado de Narbona, en detrimento del arzobispo Arnaldo Amalric. Le ayuda á apoderarse de Tolosa, que voluntariamente habría incendiado, de acuerdo con el obispo Folquet, si Montfort no hubiera preferido conservar esta villa que podía racionar y explotar á su antojo. Por tantos servicios no quiso el príncipe Luis otra merced que una reliquia, propiedad del abad de Castres: la mandíbula de San Vicente; volvió con este trofeo al encuentro de Felipe Augusto. «El hijo del rey de Francia,

pera por todas partes el ascendiente. Se destroza á los franceses en el Tolosenado y Comminges. A fines del año 1218 el papa Honorio III suplica en diferentes ocasiones á Felipe Augusto que se decida francamente á intervenir. Pero Felipe prefería emplear su dinero y sus hombres en conservar sus conquistas de la Aquitania; se limita á autorizar á su hijo para que emprenda una segunda expedición.

El fanatismo de los caballeros del Norte, después de diez años de combates en el Langüedoc, no se había dulcificado. El martirio de Marmande, en el que inter-



Muerte de Simón de Montfort. (Relieve existente en la iglesia de San Nazario, de Carcasona.)

dice la *Chanson de la Croissade*, fué muy bien acogido, deseado y festejado por su padre y por los demás. Volvió á Francia sobre su caballo árabe y relató á su padre cómo Simón de Montfort sabía prosperar y enriquecerse. El rey no responde una palabra.» Pensaba más de esta suerte.

Sin embargo, habiendo dejado el decreto del concilio de Letrán á Raimundo y á su hijo sus dominios del valle del Ródano, Beaucaire, Nimes y la Provenza, intentaron éstos reconquistarlos. Simón de Montfort, que quería toda la herencia, les ganó la mano. Aparece en la ribera izquierda del Ródano; Montelimar y después la gran fortaleza de Crest se rindieron á discreción (1217). Allí sabe que los tolosanos se han insurreccionado, volviendo á llamar al conde Raimundo; corre á sitiarles, y el sitio dura todo un invierno (1217-1218); los tolosanos, apretados de cerca, habrían acabado indudablemente por sucumbir, pero una piedra salida de una máquina de guerra manejada por manos de damas tolosanas, «hirió justamente donde debía herir, alcanzó al conde Simón sobre el casco con tal justeza, que le despedazó los ojos, el seso, los dientes, la frente y la mandíbula, haciendo al conde venir á tierra ensangrentado y negro.» Bruscamente estallan las reyertas: el hijo de Simón, Amauri, no estaba en edad de reemplazar á su padre. Levanta el cerco de Tolosa. Raimundo VI recu-

vino Luis de Francia, fué todavía más horroroso que el de Beziers, porque tuvo siquiera por excusa el furor de un asalto. La guarnición se había rendido á Amauri de Montfort y al príncipe real. El autor de la *Chanson de la Croissade* cuenta que Luis de Francia reunió consejo en su tienda para decidir de la suerte de los habitantes. Un obispo pidió que fueran condenados todos á muerte como herejes; se excluyó, sin embargo, gracias á la intervención de algunos barones, al conde de Astarrac, que había dirigido la defensa; pero el resto fué condenado á perecer. «Rápidamente se levantan gritos y tumultos; corren los invasores á la villa con armas cortantes y comienza entonces la horrorosa matanza: la carne, la sangre, los sesos, los troncos, los miembros, los cuerpos muertos y divididos por mitad, los hígados, los pulmones deshechos, yacían por las plazas como llovidos en ellas. La tierra, el suelo y las calles aparecen rojas de la sangre derramada. No quedan ni hombre ni mujer, jóvenes ó viejos: nadie escapa á la matanza, á menos que se mantenga oculto; la villa es demolida y dada en pasto á las llamas.» El historiador Guillermo *el Bretón* da fe de los mismos horrores en dos líneas: «Los burgueses, las mujeres y los niños fueron muertos, es decir, todos los habitantes hasta el número de cinco mil.»

Al salir de esta carnicería, acampó el príncipe real

delante de Tolosa el 14 de julio de 1219; pero el primero de agosto, después de un bloqueo inútil, vuelve a Francia; Raimundo VI había derrotado a los católicos en Basiege y en Lauraguais. Su hijo reconquistaba uno después de otro los castillos, las villas, los países perdidos (1201-1221). La obra de la conquista se disgregaba poco a poco. Entonces el hijo de Simón de Montfort se resigna a legar sus dominios al rey de Francia. El legado Conrado de Porto y los obispos del Mediodía insisten cerca de Felipe Augusto para que acepte. Este se contenta con enviar en socorro de Amauri doscientos caballeros y diez mil infantes, a las órdenes del arzobispo de Bourges y del conde de la Marche

1222 (1222). Evidentemente quería terminar en pro-vecho suyo la cuestión del Langüedoc sin comprometerse en el fondo.

Por lo demás, en septiembre de 1222, sintió los primeros ataques de la enfermedad que debía acabar con él. Legó sus joyas a la abadía de Saint-Denis y donó sumas importantes a los cristianos de Siria, al hospital de París y a los pobres. No olvidaba ni a su mujer Ingeburga, a quien, sin embargo, había dejado ya en abandono, ni a su hijo legitimado Felipe Hurepel. Recomendaba al príncipe Luis, su heredero, «no emplear los recursos del tesoro en otra cosa que en la defensa del reino.» Dejaba, finalmente, cincuenta mil libras para resarcir a las personas a quienes ilegalmente había despojado o que fueron víctimas de sus «extorsiones.» Todavía vivió cerca de un año, aun cuando nunca le abandonó la fiebre.

1223 En julio de 1223, el legado Conrado, el obispo Folquet de Tolosa y muchos otros prelados se habían reunido en París para decidir acerca de la cuestión de los albigenses, que decididamente tomaba mal cariz. Felipe, entonces en el castillo de Paci-sur-Eure, se proponía asistir al concilio, pero su dolencia se agravó. El rey se hizo sangrar (11 de julio), y mejorando un poco, se olvidó de guardar la dieta prescrita. El miércoles 12 le extremaunciaron, y luego le condujeron a París, donde quería morir. No fué posible llegar. La muerte le alcanzó en Mantes, y al día siguiente los funerales del conquistador se celebraban en la abadía de Saint-Denis. «Se cuenta, dice un contemporáneo, que, antes de morir, Felipe llamó a su lado a su hijo Luis y le prescribió el temor de Dios y la exaltación de la Iglesia, la justicia para el pueblo y, sobre todo, la protección de los pobres y los pequeños contra la insolencia de los orgullosos.»

Es difícil hacer el retrato de este personaje, tan grande en nuestra historia. El sello de Felipe Augusto, con la cabeza real vagamente abocetada, imberbe y los cabellos flotando sobre las espaldas, es una evidente y querida imitación del de Luis VII. Todavía se veía en el siglo XVI, en la abadía de la Victoria, cerca de Senlis, una estatua orante del vencedor, de la que Montfaucon nos conservó el dibujo. Le representaba con las manos juntas, con ancha faz, cabellos ensortijados, muy duras las cejas, fina la nariz y ligeramente puntiaguda. Pero no existen pruebas de que semejante estatua fuera encargada por Luis VIII ó San Luis, y el conjunto del monumento recuerda más bien el gusto de las figuras esculpidas ó pintadas del tiempo de Felipe el Hermoso ó de Felipe de Valois. No vayamos tampoco a buscar un retrato de Felipe Augusto en esas largas efigies de acti-

tudes hieráticas que adornan los ventanales de las iglesias del siglo XVI. Ninguna es característica ni puede dar lugar a una atribución segura.

Entre los historiadores de aquella época, uno sólo ha trazado el retrato físico y moral de nuestro rey. Fué el autor de la *Crónica de Tours*, canónigo de Saint-Martin, Païen Gâtineau, un hombre inteligente y concienzudo, que había visto de cerca a Felipe Augusto y a su sucesor. «Felipe, dice, era hombre hermoso; bien destacado, de agradable rostro, calvo, con la epidermis bien coloreada y un temperamento muy inclinado a las buenas carnes, los vinos y las mujeres. Era espléndido con sus amigos, avaro para los que le disgustaban, muy entendido en artes de ingeniería, católico en su fe, previsor, terco en sus resoluciones. Juzgaba con equidad y rapidez. Amado de la fortuna, temeroso por su vida, fácil a conmoverse y tranquilizarse, era muy duro con los grandes que se le resistían y se complacía en alimentar entre ellos la discordia. Nunca, sin embargo, hizo morir un adversario en la cárcel. Gustaba de servirse de gentes sencillas, de hacerse el domador de los soberbios, de defender a la Iglesia y nutrir a los pobres.»

Por otra parte, Gil de París, preceptor de Luis VIII, en el fin de un poema latino, el *Carolinus*, dedicado a su discípulo, nos deja este juicio sobre Felipe Augusto: «Sí, indudablemente, nadie, a menos de ser un traidor y un enemigo, negará que para nuestro tiempo no sea un buen príncipe Felipe. Es cierto que bajo su dominación se fortifica el reino y el poder real hace adelantos. Solamente si hubiera bebido en las fuentes de la divina mansedumbre un poco más de moderación; si se hubiera formado en la dulzura paternal ó si se hubiera manifestado tan acogedor, tratable y paciente como se mostró intolerable y arrebatado; si hubiera sido tan paciente como activo, tan prudente y circunspecto como pronto a satisfacer sus ambiciones, el reino no hubiera hecho más que ganar. Él y sus súbditos habrían podido, sin preocupación ni tumulto, recoger el abundante fruto de la paz. Los rebeldes a quienes el orgullo levantaba contra él, dirigidos por la sola razón, obedecerían a un dueño justo y no desearían más que someterse al yugo.»

Gil de París nos da muy libremente otro aspecto del reino: «¡Oh Francia!, atormentada por los agentes financieros de tu príncipe, has tenido que soportar duras leyes y terribles momentos.» Condena sin vacilar la conducta de Felipe con la desdichada Ingeburga. «Asombra que el rey persista en un amor prohibido, y que la mujer a quien ha abandonado no pueda volver al lecho legítimo. He aquí lo que no aprueba la opinión y contra lo que protesta el clamor público.» ¡Y estas palabras tan atrevidas se dirigían al hijo mismo del rey, de este modo puesto en autos! El clérigo comprende, sin embargo, que ha ido demasiado lejos, y termina con estas palabras dirigidas a Francia: «Contempla mientras tanto por todas partes a los otros reyes que gobiernan a su antojo: son todavía de peor condición. Imponen al pobre pueblo y a la Iglesia un yugo todavía más despótico. Reconoce, en suma, que eres gobernada por un príncipe de mano bondadosa, y no te quejes de obedecer a tal rey, de no tener que doblarte bajo la triste dominación de Ricardo ó consumida por la dura tiranía del rey alemán.»

En cuanto a los historiadores Rigord ó Guillermo el

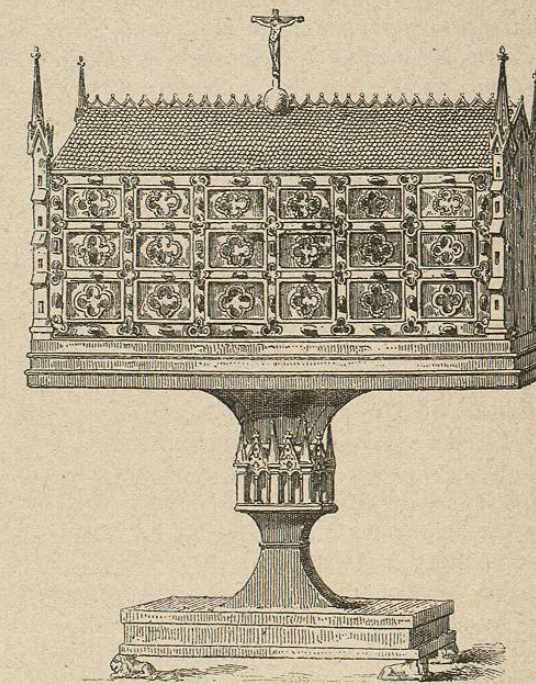
Bretón, oyéndoles, diríase que Felipe Augusto, soberano perfecto, dejaba ejemplo de todas las virtudes. Rigord celebra su dulzura y aun su conciencia. *El Bretón* afirma que jamás tiranizó a su pueblo «y que era imposible saber si era el rey quien había amado más a sus súbditos ó los súbditos quienes habían amado más a su rey.» No creamos más a los cronistas ingleses, que abultan la perfidia de Felipe para hacer resaltar las virtudes caballerescas de Ricardo *Corazón de León*; ni al poeta Bertrán de Born, que satiriza a cada paso al rey de Francia por «su inercia y su cobardía.» Rigord y *el Bretón* son unos panegiristas; los ingleses y el trovador unos libelistas. El preceptor de Luis VIII y el canónigo de Tours son veraces testigos. El juicio que dan ellos, comentado, completado por los documentos y por los hechos, permite averiguar y expresar la verdad sobre el rey y sobre el reino.

Felipe Augusto era religioso y aun devoto a la manera de su tiempo. Antes de partir para la cruzada reza y llora sobre el pavimento de la basílica de Saint-Denis, y sigue «con suspiros y lágrimas,» como el más humilde de sus súbditos, las procesiones para que cesen las inundaciones del Sena; jamás sale a campaña sin haber depuesto sobre el altar de Saint-Denis ricas telas de seda u otros espléndidos presentes; en Bouvines entró en la pequeña iglesia para rezar antes del combate, y dió a sus soldados la bendición. Como buen creyente, detesta a los infieles y herejes. Si se sabe atraer a los judíos por cálculo, sabe también perseguirlos por fanatismo. «En 1192, dice Rigord, Felipe, inflamado de un santo celo por la fe, llega de improviso al castillo de Brie-Comte-Robert y entrega al fuego más de ochenta judíos que se hallaban reunidos en él.» En 1210 hace quemar a los secuaces del heresiarca Amauri de Chartres. Su edicto de 1181 ha sido el punto de partida de la serie interminable de las ordenanzas reales, dirigidas durante todo el antiguo régimen contra los blasfemadores; San Luis les hará marcar con el hierro candente; Felipe les deja en la alternativa de ser arrojados al río ó pagar una suma importante «a los pobres de Cristo.» Es el ungido del Señor, el defensor de la fe y el que enriquece a la Iglesia y la protege contra sus enemigos. Por eso en favor suyo se multiplican los milagros. Por él las cosechas destruidas vuelven a brotar más abundantes; los torrentes desecados se llenan súbitamente; las aguas de los ríos se separan y dejan pasar al ejército real. Cuando sus funerales, en un lugar en que los que llevaban su cuerpo a Saint-Denis se detuvieron para relevarse, se realizaron maravillosas curaciones. Allí se construirá más tarde un santuario: el priorato de Saint-Julien-la-Croix-le-Roy.

Por otra parte, este rey no permite a la «Iglesia Santa» sentar el pie sobre los derechos de su corona. Defiende la jurisdicción laica contra la de los clérigos; se burla de las armas espirituales hasta cuando caen sobre él, el rebelde de las leyes y costumbres cristianas, el hombre que repudió injuriosamente a su mujer legítima. Conduce su política como se le antoja; la mantiene con todos y contra todos; parte para la cruzada y vuelve cuando quiere. En los asuntos de Inglaterra es el lugar-teniente del papa, mientras su interés propio encuentra en ello satisfacción; pero desde que el papa quiere arrebatarle la presa que creía segura, se somete en aparien-

cia, ya que indirectamente lleva sus planes adelante.

Las anécdotas que se contaron sobre Felipe Augusto entre la sociedad eclesiástica y burguesa del siglo XIII le representan como un príncipe de porte gentil, que tenía pronta la respuesta y no carecía de ingenio. Un día en que se trataba de una elección de obispo, entra Felipe en el Capítulo llevando en la mano el bastón episcopal, recorre las filas de canónigos y descubre entre ellos uno delgadito y de aspecto miserable. «Toma, le dice, toma este bastón para que engordes tanto por lo menos como tus cofrades.» Un histrion le interpela



Oratorio de Felipe Augusto conservado antiguamente en la abadía de Saint-Denis

un día rogándole que le conceda socorro, pues pertenece a la real familia. «¡Cómo!, ¿eres pariente mío?, dice Felipe; ¿en qué grado?—Soy vuestro hermano, responde el mendigo, por parte de Adán, el primer hombre; pero su herencia se distribuyó tan mal que nada me tocó a mí.—Pues bien, concluye Felipe, vuelve mañana y te entregaré la parte que se te debe en justicia.» Al día siguiente Felipe le llama delante de toda su corte y le entrega un dinero. «He aquí la justa porción de lo que te debo; cuando haya dado otro tanto a cada uno de nuestros hermanos descendientes de Adán como tú y yo, apenas si de todo mi reino podré conservar un dinero.»

No conviene, sin embargo, creer demasiado en la hombría de bien de Felipe Augusto. San Luis refirió a Joinville estas palabras de su abuelo: «Decíame que se debe recompensar a los servidores en relación a los servicios que prestan, y que nadie puede gobernar bien sus tierras si no sabe negar tan atrevida y duramente como sabe dar.» Negar duramente no debía costarle mucho trabajo a Felipe Augusto, porque no podía tener el alma delicada quien había poco menos que jubilado a su padre, el rey Luis VII, relegado a su madre de sus dominios de usufructuaria, casado con tres mujeres por razones políticas y habiéndose conducido de una ma-

nera inhumana con las dos primeras, Elisabet é Ingeburga. Amó á su hijo Luis, el heredero que debía continuar su obra, pero desconfiaba de este hijo, á pesar de su fidelidad ejemplar, como desconfiaba de todo el mundo.

El autor de una compilación de historia romana en lengua francesa, comparando á Felipe Augusto con César, hace notar que bien podría llamarse á «monseñor Felipe de Francia» *le vallet maupigné*, ó dicho de otra manera, el doncel mal peinado, porque cuando era joven tenía «siempre los cabellos erizados.» Nos dice también que Felipe Augusto «tenía tanto juicio como Julio César,» pero que no era letrado. En efecto, Felipe, aun cuando no era iliterato en el sentido estricto de la palabra, aun cuando sabía leer y escribir en francés, no había tenido tiempo de hacer su cultura, habiéndose lanzado á la política y la guerra desde la edad de catorce años. No comprendía bien el latín. Inocencio III se queja en diferentes ocasiones de haber sido vendido por la persona que traducía sus cartas al rey. En aquellos tiempos de poetas y artistas, ¿gustó de la poesía y del arte? La tradición le representa, después de sus comidas, solazándose en las canciones del trovador Elinand; pero esta especie de deleite literario era gustado por los más groseros entre los feudales; todo lo más podemos decir que sabía el valor de la cultura que le faltaba. Hizo dar á su hijo Luis VIII una educación que parece haber superado en un todo á la de los soberanos y altos barones de su tiempo.

En resumidas cuentas, fué Felipe un hombre de guerra y un político; soldado cuando era necesario, aunque sin manía caballeresca; organizador de tropas; constructor de máquinas y minas, y político de primer orden en el gobierno de su reino—donde hizo prevalecer su autoridad sobre todos, feudales, clero y burgueses—y en su diplomacia, que comovió con asombrosa actividad toda la cristiandad. Ni en su gobierno, ni en su diplomacia, fué contenido por un sentimiento ó violentado por un escrúpulo. Es una fuerza toda aplicada á sus fines: un vigoroso que ama la mesa, los vinos y las mujeres; se deja con frecuencia arrebatar de coléricos excessos y obra precipitadamente, pero sin retroceder ni reaccionar; es «sabio,» «prudente,» *sapiens, prudens*, como dicen las crónicas. La combinación de esta habilidad con tal poderío natural explica los grandes éxitos de su reinado: el dominio real extendido hasta las fronteras del reino, la autoridad real extendiéndose hasta dichas fronteras, la victoria sobre Inglaterra, el feudalismo y el imperio coligados, la dinastía establecida con solidez y la Francia fundada.

V.—El reinado de Luis VIII (1)

Luis VIII, el nuevo rey de Francia, tenía treinta y seis años. Era corto de talla, pálido, delgado, débil de temperamento, frío y casto, muy piadoso, y por lo tanto más

(1) FUENTES.—Nicolás de Brai, *Gesta Ludovici VIII*, poema histórico, en la colección de *Historiens de France*, tomo XVII (los *Gesta Ludovici VIII*, en prosa, no son más que una compilación sin mérito de fines del siglo XIII). La *Chronique de Tours*, probablemente de Païen Gatinéau, canónigo de Tours, en la colección de *Historiens de France*, tomo XVIII. El *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais, edición de 1624. La *Chronique*

parecido á su abuelo que á su padre Felipe. Tenía, como éste, el espíritu de decisión, la constancia en los asuntos y la áspera ambición de aumentar su dominio. Discípulo de la escuela paternal, hijo docilísimo, continuó la obra de Felipe, valiéndose de medios idénticos. Nada fué alterado; conservó los ministros de su padre y su reino no fué más que una prolongación y un acabamiento. Luis fué consagrado el 6 de agosto de 1223 en Reims, y los parisienses hicieron al consagrado una entusiasta acogida: el cambio de monarca se verificó sin dificultad. «No se da persona, dice Nicolás de Brai, que no respete la majestad real: la Normandía no levanta cabeza; Flandes no se niega á inclinarse humildemente el cuello bajo el yugo de tal señor.» Solamente el inquieto feudalismo del Poitou amenazaba con turbar la paz, mientras Inglaterra no acababa de resignarse de sus pérdidas en el continente.

Enrique III continuaba intitulándose «duque de Normandía y conde de Anjou» como si la de Bouvines hubiera sido una victoria imaginaria. Sus consejeros llegaron á tener la candidez, inmediatamente después de la muerte de Felipe Augusto, de enviar una embajada citando al hijo para que restituyera lo que su padre había conquistado. Luis recordó simplemente á los embajadores que en otro tiempo, por medio de juicio legal, los barones de Francia habían condenado á Juan Sin Tierra á la pérdida de todas sus posesiones continentales: sentencia que se había pronunciado y llevado á efecto mucho antes del nacimiento de Enrique III. Igualmente dejó entender que estaba decidido á continuar en todo la obra de su padre y tal vez á recordar un día sus derechos sobre la corona de Inglaterra.

Era un comienzo de reino atrevido; pero las circunstancias se presentaban favorables. Inglaterra estaba agitada por el descontento que había producido la administración de Huberto de Bourg, y principalmente por la rebelión del jefe de aventureros Fauquet de Bréauté. El papa, tutor de Enrique III, tenía necesidad de la ayuda de Luis VIII en el Langüedoc. El rey de Francia tenía, por consiguiente, libertad de acción, y se dirigió, para comenzar, hacia el Poitou.

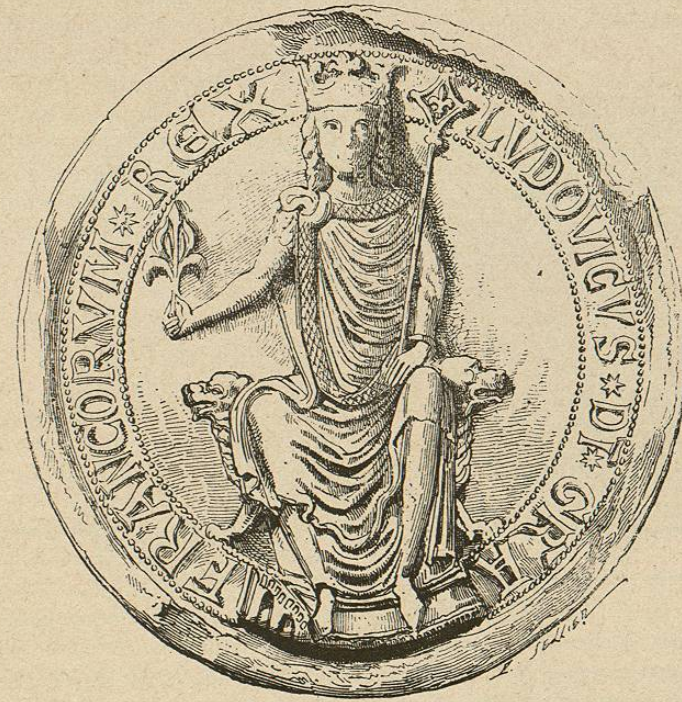
Los habitantes de esta región feudal se habían dividido entre ambas dominaciones. Poitiers había jurado fidelidad á Francia; mientras Niort y Saint-Jean-d'Angeli, conquistados un momento por Felipe Augusto, habían vuelto, en 1214 y 1223, á Inglaterra. La Rochela no se había sometido nunca. Era necesario, por consiguiente, emprender de nuevo la conquista de esta villa, muy rica y populosa entonces. Los ingleses no podían ser arrojados de Aquitania mientras permaneciera abierto á sus soldados y á sus comerciantes el puerto de la Rochela. Por lo demás, estaba aquel país en la anarquía más completa. Villas y barones se batían en constante escaramuza. Guillermo el arzobispo, señor del Partenesado, sacaba los ojos á los de Niort que caían en sus manos. Y no pudiendo Inglaterra asegurar la

rimée de Felipe Mousket, edición Reiffenberg, en la «Collection des chroniques belges,» 1836-1838. Las crónicas inglesas de Raül de Coggeshall y de Roger de Wendover, citadas anteriormente, y la del canónigo de Barnwell, edición Stubbs.

OBRA DE CONSULTA.—Petit-Dutaillis, *Etude sur la vie et le règne de Louis VIII*, segunda parte, 1894. Nos limitaremos á seguir muy de cerca esta excelente monografía que agota la cuestión.

paz, los municipios de Poitou y de Saintonge empezaron á volver los ojos á París. También se iba la nobleza separando de Enrique III. El más poderoso de todos sus barones, Hugo de Lusignán, conde de la Marche y de Angulema, casado con Isabel, la viuda de Juan Sin Tierra, reclamaba Niort á Enrique III y quería la destitución del senescal de Aquitania, Savari de Mauleón, administrador un poco rudo á quien los potevinos detestaban. Luis VIII no tuvo que hacer sino ofrecer más de lo que podía otorgar el rey de Inglaterra á su peligroso barón. Otros barones, el vizconde de Thouars

los barones franceses estaban ya cansados de la guerra y amenazaban retirarse. Thibaut de Champaña, el futuro enemigo de la Monarquía, fué quien hubo de mostrarse más impaciente. Pero, á instancias de los obispos, se comenzó el sitio en 15 de julio. Savari y su guarnición de 200 caballeros podían resistirse cuanto quisieran; algunos municipios de Gascuña, Bayona entre otros, les habían enviado refuerzos; pero la fidelidad de los rocheleses era poco sólida. El partido francés existente dentro de la villa intrigó con el enemigo; el cronista Wendover afirma que los burgueses, pagados por



Sello de Luis VIII

y el de Chatellerault, fueron también comprados. Los obispos de Limoges, Perigueux y Cahors estaban por el rey de Francia, que se había conquistado ya á todos sus burgueses.

Desde Lorris, Luis VIII anunció á su gente de Limoges «que ciñeran la espada para hacer triunfar el derecho.» Convocó sus milicias en Tours para el 24 de junio de 1224. El ejército que llegó á reunirse fué numeroso y compuesto de todas las altas baronías: los condes de Champaña, de Bretaña, de Blois, de Chartres; el arzobispo de Sens y multitud de obispos, sin contar los consejeros y caballeros que ordinariamente formaban el séquito del rey. La expedición debía ser grave y larga. Luis VIII se proponía conquistar todo el Poitou y atravesar el Ródano para atacar á Burdeos. En este momento Guillermo el Bretón, que terminaba su *Filippida*, aconsejaba al rey aniquilar para siempre la dominación inglesa, marchando hasta los Pirineos. Y aun le animaba á atravesar el canal de la Mancha para deponer á Enrique III.

Luis se dirigió á la Rochela, atravesando los dominios del vizconde de Thouars, con quien celebró pactos. Niort, defendida por Savari de Mauleón, tuvo que rendirse después de un breve sitio (5 de julio) y Saint-Jean d'Angeli sin resistencia. Llegado ante la Rochela,

Luis VIII, se le entregaron. Seguramente el gobierno de Inglaterra no acudió en socorro de la Rochela. El primer ministro de Enrique III, Hubert de Bourg, envió algún dinero, en vez de expedir hombres y bajeles. Y es que tenía las manos atadas por la rebelión de Fauquet de Breauté, tal vez pagado bajo mano por Luis VIII, mientras el papa Honorio defendía con extremada timidez á su pupilo Enrique. Escribía al rey de Francia para reprocharle que olvidase Tierra Santa y turbara la paz necesaria á la cruzada; pero de ninguna manera ponía en duda la legitimidad de la conquista del Poitou, y aun tomó el partido de Fauquet contra los que le acusaban de traidor. El 3 de agosto la guarnición de la Rochela hizo una honrosa capitulación. Algunos días después los burgueses juraban fidelidad á su nuevo señor.

Desde entonces se terminó en Poitou toda resistencia. Nobles y ciudades se sometieron á toda prisa: conquista rápida, debida tanto al dinero cuanto á las armas de Luis VIII. «El rey fué al Poitou, dice Felipe Mousket, con el conde de la Marche; llevaba con él algún estuche y algún cofre lleno de dineros para favorecer el término de la guerra.» Poseemos todavía las cartas por las que castellanos como Guillermo de la Motte y Bos de Matha vendieron sus homenajes al hijo de Felipe Augusto por una renta de cien libras turnesas.